



## Reporte de caso

# Literatura de viajes: reporte de un terremoto en Honduras en 1856

*Travel literature: report of an earthquake in Honduras in 1865*

Doris Erazo,<sup>a</sup> Miguel Barahona<sup>b,1</sup>

<sup>a</sup>Grupo de Investigación Filológica, Departamento de Lenguas Extranjeras, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH), Tegucigalpa, Honduras

<sup>b</sup>Grupo de Investigación Filológica, Departamento de Letras, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH), Tegucigalpa, Honduras

*Historia del artículo:*

Recibido: 24 agosto 2021

Revisado: 24 agosto 2021

Aceptado: 25 agosto 2021

Publicado: 30 agosto 2021

*Palabras clave*

Honduras

Literatura de viajes

Siglo XIX

Telúrico

*Keywords*

Honduras

Travel literature

XIX century

Telluric

**RESUMEN. Introducción.** Los libros de viajes decimonónicos publicados en inglés, francés y alemán son el resultado de las experiencias vividas por aquellas personas que por motivos variados se lanzaron a la exploración de lugares desconocidos o poco conocidos. Estos libros retratan la época en la cual fueron escritos y publicados, mostrando al mismo tiempo la diversidad del mundo y un caleidoscopio de las culturas. **Presentación de caso.** Se realizó una traducción libre del capítulo del libro *Les tremblements de terre* publicado en francés en 1885, el cual describe los acontecimientos del terremoto acaecido en la zona costera caribeña de la República de Honduras en el año de 1856 y cuya vivencia fue publicada en una sola entrega en la revista estadounidense *Harpers New Monthly Magazine*, con el título de Apuntes del cuaderno de un artista. **Discusión.** En la traducción se trató de cuidar desde la originalidad la doble articulación escritural: la íntima desde la óptica de la descripción y la segunda que parte desde la perspectiva del contacto cultural que tiene el autor-narrador al visitar la región atlántica y de paso vivir el gran acontecimiento telúrico. **Conclusión.** Resulta evidente desde el punto de vista literario, que en esta traducción existe un entramado recurrente donde sitúa al autor-narrador en una constante de espacio y tiempo, en el cual se va articulando una fascinación por lo descubierto en lejanas tierras del trópico, además, de la descripción detallada de la experiencia que logró atestiguar de primera mano el artista viajero.

**ABSTRACT. Introduction.** The nineteenth-century travel books published in English, French and German are the result of the experiences lived by those people who for various reasons set out to explore unknown or little-known places. These books portray the era in which they were written and published, while showing the diversity of the world and a kaleidoscope of cultures. **Case presentation.** A free translation of the chapter of the book *Les tremblements de terre* published in French in 1885 was made, which describes the events of the earthquake that occurred in the Caribbean coastal area of the Republic of Honduras in the year 1856 and whose experience was published in a single delivered in the American magazine *Harpers New Monthly Magazine*, with the title *Notes from an Artist's Notebook*. **Discussion.** The translation was done taking care of the double scriptural articulation from the originality: the intimate one from the perspective of the description and the second one that starts from the perspective of the cultural contact that the author-narrator has when visiting the Atlantic region and incidentally living the great telluric event. **Conclusion.** It is evident that from the literary point of view, that in this translation there is a recurring framework where the author-narrator is placed in a constant of space and time, in which a fascination for what is discovered in distant lands of the tropics is articulated, in addition to the detailed description of the experience that the traveling artist witnessed first-hand.

<sup>1</sup> Autor correspondiente: [mbarahona@unah.edu.hn](mailto:mbarahona@unah.edu.hn), Universidad Nacional Autónoma de Honduras, Tegucigalpa, Honduras

Disponible en <https://doi.org/10.5377/innovare.v10i2.12276>

© 2021 Autores. Este es un artículo de acceso abierto publicado por UNITEC bajo la licencia <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

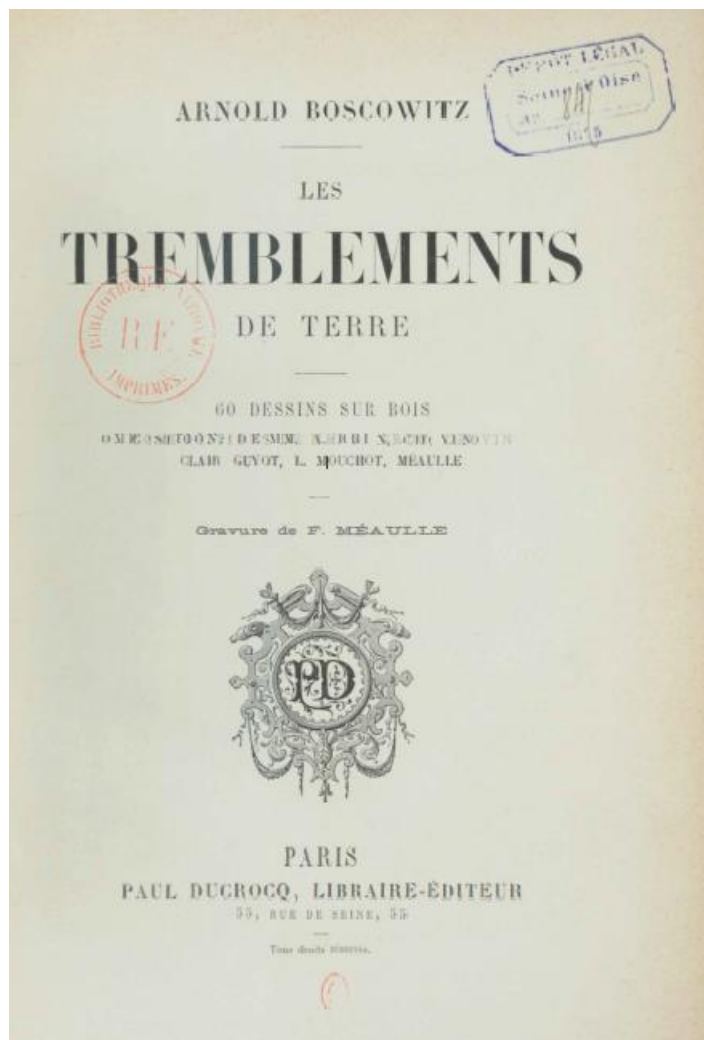
En la Revista Innovare Vol. 9, No 2, 2020, Leonel E. Zúñiga publicó una imagen con el título de “Un Tsunami en el Caribe Hondureño” en 1856 según registros de la Biblioteca Nacional de Francia (Zúñiga, 2020). Al ver este aporte científico, nos remitimos al libro América Central en la mirada extranjera: “Exploradores y viajeros entre 1845-1898” (Barahona & Hernández, 2016).

En dicho libro, aparece traducido “Un terremoto en Honduras” (Anónimo, 2016), del original de Harpers New Monthly Magazine (No LXXXX, Vol. XIV, enero 1857), la cual pertenece a la serie denominada “Apuntes del cuaderno de un artista”, publicada en distintas fechas a mediados del siglo XIX (Harpers, 1857). Al comprobar la similitud de los escritos, tomamos a bien traducir y acompañar con sus respectivos grabados el capítulo: “Un temblement de terre dans le Honduras”, escrito por Arnold Boscowitz quien

nació en Saint-Thomas Antillas Danoises en 1826 (Figura 1).

Esta traducción libre al español servirá para investigadores y estudiosos de la literatura de viaje decimonónica escrita sobre Honduras. Es de nuestra atención que, a diferencia de la traducción del 2016, el escrito de Boscowitz entrega interesantes reseñas las cuales no aparecen en la publicación de Harpers.

Por ejemplo, el dato de la suposición del apellido del artista europeo quien en su momento atestigua escrituralmente sobre el terremoto acaecido el 26 de agosto de 1856 en territorios de la Laguna Criba y el poblado de San José, comarca ubicada en la costa este del Mar Caribe de Honduras. A continuación, dicha traducción libre del reporte de Boscowitz publicado en 1885.



**Figura 1.** Portada original de *Les Tremblements de Terre*.

## Un terremoto en Honduras

América Central se encuentra continuamente agitada por fuerzas subterráneas. Esto sucede alrededor de las bahías profundas, también, en las ensenadas que están a las orillas del océano Pacífico de esta vasta y espléndida heredad.

Tierra adentro, cerca de los territorios de los grandes lagos, se encuentra un ejército de gigantes, es decir, una enorme cantidad de elevados volcanes. Mientras la mayor parte de estos monstruos adormecen el sueño profano, otros se encuentran en actividad y aúllan de vez en cuando como si el cometido de su existencia fuese mantenerse despiertos y en plena guardia de todos los compañeros silenciosos que se encuentran en derredor. Un fuego quema sus entrañas, el cual se extiende a lo lejos de su cráter y sus llamas se pueden ver aún bajo el candente sol. Muchas veces la caldera interna les hace retumbar violentamente.

Por el espacio de treinta años, en tres ocasiones la ciudad de Guatemala fue destruida por la acción desmesurada de los terremotos, y no creo que exista hoy en día en Guatemala, Honduras u otros estados de la América Central un solo espacio territorial que no haya sufrido por las fuertes sacudidas subterráneas. Cuando en estos parajes se producen las violentas conmociones, a pesar de estar tan lejos de las aglomeraciones humanas, allá en el seno de los bosques vírgenes o en la región de los grandes lagos ocurren con frecuencia estos extraños fenómenos.

En 1856 un pintor encargado de una misión oficial en Honduras fue testigo de un evento de ese tipo, aunque en su momento el autor del escrito guardó el anonimato se sospecha que es M. Heine, un artista profeso muy conocido y experto explorador de América Central. Heine da cuenta que un día navegaba a lo largo de una gran laguna llamada Criba, la cual posee unas ocho leguas de ancho,

El tiempo estaba tranquilo y el sol radiante. Después de haber amarrado la embarcación, los navegantes habían descendido a tierra justo a la entrada de un encantador asentamiento donde la vista dominaba una llanura en la cual figuraba un conglomerado de aisladas chozas rodeadas de un conjunto de hermosos árboles. En la rivera opuesta del caserío se extendía la enorme selva y más allá, a lo lejos, se podía observar el majestuoso océano.

La persona más importante de la localidad había brindado hospitalidad a M. Heine junto a todos sus compañeros de viaje. Los hombres estaban descansando junto al vallado de la casa mientras pasaban el tiempo en serena conversación fumando tabaco con toda tranquilidad. De repente se escuchó un gran estruendo en el bosque. Los pájaros aterrorizados volaron hacia tierra adentro; los cocoteros se retorcieron presas del pánico y grandes ramas de los árboles se quebraron mientras otros fueron arrancados del suelo y llevados a lo lejos al ser arrastrados sin misericordia hacia el otro lado de la laguna.

Un repentino torbellino atravesó el espacio en dirección

de Sur a Norte. El fenómeno duró poco tiempo, inmediatamente la calma llegó por completo. Los hombres comenzaron a discutir sobre la probable causa de aquel extraño fenómeno. Los nativos afirmaron que las perturbaciones atmosféricas de ese tipo eran presagios de grandes terremotos o de violentas erupciones volcánicas; algunos opinaron que una catástrofe de ese tipo debió ocurrir en ese momento, pero lejos del lugar donde se encontraban.

El anfitrión de M. Heine era un venerable anciano a quien tenían en gran estima en toda la comarca debido a su infinita sabiduría. El sabio hombre comenzó a relatar una serie de terribles sucesos de los que él había sido testigo durante sus largos años de vida. Contó con mucha atención sobre la erupción del *volcán de Coseguina* en Nicaragua, fenómeno que habría sido precedido por un torbellino. En su plática el anciano relató que el *volcán de Coseguina* en su furor había lanzado rocas y cenizas tan lejos que llenaba de elementos ígneos un área comprendida entre unos 1,500 metros de diámetro.

Según contó el anciano, también tuvo noticias de esta erupción por un amigo cercano, un capitán con larga vida en la navegación. El viejo lobo de mar le aseguró al venerable anciano que al día siguiente de la erupción se encontraba navegando a unas 50 leguas de la costa y había visto las aguas cubiertas de piedra pómez, y en un tiempo de unas 24 horas la embarcación había tenido que abrirse paso en medio de bloques de piedras volcánicas que flotaban en la superficie de las aguas como si fuesen témpanos de hielo.

El viajero, el artista europeo y los nativos tenían algo que contar, pues habían visto el país y habían presenciado terremotos allá en Venezuela, California y México. Se encontraban conversando sobre estos acontecimientos cuando de repente se escuchó un ruido aterrador, similar al estallido, ruido que, sin embargo, no podía confundirse con el trueno y el rayo.

De inmediato la tierra comenzó a temblar. Las sacudidas se sintieron primero de abajo hacia arriba y después de algunos segundos se convirtieron en ondas que se dirigieron de Sur a Norte como lo había hecho el rápido y súbito torbellino atmosférico.

El suelo se onduló como si fuese la superficie de un mar embravecido. Los árboles se balanceaban con tanta violencia que las altas ramas de los cocoteros golpeaban el suelo y se hacían añicos. Sin embargo, cediendo a un impulso instintivo, todas aquellas almas intentaron aferrarse a los árboles para no ser derribados y arrastrados por el suelo.

Los grandes árboles estaban solo a unos metros de distancia, sin embargo, a pesar de los grandes esfuerzos aquellos hombres no lograban avanzar, era como caminar en el vacío; a cada paso el suelo se derrumbaba bajo sus pies. Los hombres caían violentamente con gran-frenesí y se levantaban para volver a caer, al mismo tiempo sentían un gran malestar acompañado de náuseas y mareos.



Las sacudidas ocurrían constantemente, sin embargo, entre dos sacudidas M. Heine finalmente logró alcanzar el tronco de un enorme árbol, ocasión que aprovechó para aferrarse nerviosamente. Al instante una nueva y más fuerte sacudida se hizo sentir y al otro lado de la laguna se estremeció todo el bosque, grandes arboles crujieron ruidosamente, luego se agitaron durante algunos segundos y al final se inclinaron y cayeron estrepitosamente al suelo.

El viajero y sus amigos, creyéndose a salvos, seguían con creciente interés las rápidas fases de la conmoción sin perturbarse, cuando de pronto un extraño y aterrador fenómeno se presentó ante sus ojos. — Un alboroto terrible — dijo M. Heine, y señalando al costado llamó nuestra atención para que escrudináramos la laguna, pero lo que yo viví en ese momento no podría contarlo.

No sabía si estaba despierto o en medio de una pesadilla; si todavía estaba en el reino de las cosas reales o en el mundo de los espíritus. De hecho, me encontré, por así decirlo, transportado súbitamente a un entorno tan extraordinario, que aun así el sentimiento de miedo me abandonó y pude disfrutar plenamente de la grandeza del espectro que se desplegó ante mis ojos. El agua de la laguna desapareció como si se hubiera sumergido en una cueva subterránea, o,

más bien, como si se hubiera derramado sobre sí misma, de manera que desde la orilla al centro del cauce quedó expuesto todo el fondo de la *Criba*. Pero de inmediato el agua volvió a aparecer y brotó hacia el centro del enorme estanque formando una columna inmensa. Rugió, aquel lugar se cubrió de espuma sorprendentemente. Por un rato se ocultó la luz del sol, de repente la columna se diluyó con un ruido espantoso y las olas espumosas se precipitaron hacia la orilla del lugar.

M. Heine y quienes lo rodeaban hubiesen perecido, pero al estar en un terreno elevado salvaron sus vidas. Los hombres lanzaron gritos de terror al ver las grandes olas que llegaban furiosamente hasta el lugar, pues parecía que el embate de las aguas había engullido a toda la comarca. Todo cedía ante el impetuoso poder de aquellas feroces aguas; así árboles, franjas de tierra y bloques de rocas estaban siendo arrastrados en aquel terrible cataclismo. Desde la cima se miraba como la masa de agua tenía la apariencia de una roca sólida que iba rodando sobre toda aquella llanura. —Lo vi todo —dijo M. Heine. Y prosiguió hablando: —Antes de pensar en nuestro propio destino, creo que la misma grandeza del peligro que amenazaba a todo el país me hizo quedar atónito tanto a mí como a todos los compañeros.





Fuese lo que fuese, lo cierto es que quedé pasmado cuando observé que a Carib, compañero de viaje a quien le tengo mucho cariño, las bravías aguas estaban a punto de devorarlo. Miguel, uno de mis ayudantes, estaba enrollado, por decirlo así, enrollado como una serpiente alrededor de un árbol; y a Manuel, el valiente muchacho, lo vi luchar un momento contra las olas que terminaron por llevárselo—.

Pero Manuel hizo un esfuerzo supremo y logró aferrarse a un tronco de un árbol, por unos segundos resistió el embate para luego desaparecer en un torbellino. Al observar salí de la inconcebible apatía en la que yo estaba sumido, y a riesgo de sufrir la misma suerte de Manuel, intenté ir en su ayuda, pero sorpresa, al rato lo miré justo a unos cuantos pasos de distancia de donde me encontraba.

Por mi parte, me aferré con todas mis fuerzas a un cocotero, el cual logré alcanzar justo en el momento que estaba a punto de hundirme en aquel caos, de repente logré ver al compañero de viaje en resguardo. Por su lado, M. Heine al ver a todos a salvo dio un enorme grito de alegría, pero al mismo tiempo sus fuerzas lo abandonaron y fue abatido mientras se fue deslizando a lo largo de aquel tronco del cual él estaba suspendido y de pronto cayó inconsciente al suelo. Cuando M. Heine volvió a abrir los ojos, vio en

derredor a sus amigos quienes ya estaban al pendiente de su cuidado. En esos segundos nuestro amigo vio de pronto que la naturaleza ya estaba tranquila, las aguas de la laguna ya tenían el aspecto de siempre, pero en aquel lugar no había otro escenario de una total desolación en derredor. M. Heine notó el miedo de sus compañeros de viaje, y creo que pensó que todo era producto de alucinaciones de una fiebre repentina.

## II

Aquellos viajeros, cuya embarcación había desaparecido producto de aquel fenómeno de la naturaleza, partieron hacia la ciudad de *San José* [Saint Joseph], lugar donde habían salido por la mañana de aquel oscuro día. Así, mientras caminaban pudieron ver la magnitud del desastre. Los territorios por donde cruzaron estaban devastados y las embestidas subterráneas habían derribado enormes árboles destrozando fuertes troncos como si fueran unos simples palillos.

Grandes rocas fueron arrancadas de su cimiento y ahora bloqueaban los arroyos, cuyas aguas ya en desborde habían cambiado de dirección. En el lugar se vieron aldeas

destruidas, por todos lados se escuchaban los lamentos de las almas afectadas; toda la región por la que habían arrasado las aguas de la laguna en ese momento era irreconocible. Los cultivos desaparecieron y el suelo agrietado estaba cubierto de escombros de todo tipo sobresaliendo una espesa capa de arena y rocas.

Al iniciar su periplo por la mañana, los viajeros habían dejado a una *San José* florecida y llena de alegría, pero a su regreso vespertino encontraron el lugar en ruinas y casi deshabitado. El terremoto había derribado todas las casas a excepción de unas veinte, aunque estas viviendas estaban muy dañadas, en particular, las construcciones de mampostería, todas sin excepción estaban destruidas. La sólida iglesia del lugar para esa hora ya no era más que un vestigio, en su lugar tan solo había unos cuantos montículos de escombros. La mayor parte de los habitantes de *San José* habían perecido y los sobrevivientes arrodillados sobre las ruinas de la ciudad se agruparon alrededor de los clérigos quienes proclamaban la desgracia como un castigo de Dios y exhortaban a todas las almas a cumplir penitencia.

Hombres, mujeres y niños se lamentaban y oraban sin pensar en llevar socorro a aquellos moribundos que seguían sepultados bajo los escombros y de quienes se escuchaban suaves lamentos. Los indios que merodeaban por el vecindario aprovechaban el fervor de los fieles y mientras estos imploraban a la divina misericordia, entraban a la ciudad y de aquellas casas en escombros que aún quedaban en pie hacían saqueo de todo lo que les podía servir. A pesar de las circunstancias, estos hombres mostraron valentía y una intrepidez a toda prueba, pues evitaban con maravillosa habilidad los pedazos de tapias que caían en derredor y nunca dudaban en arriesgar la vida para obtener tan ínfimo botín.

En Centroamérica las poblaciones afectadas, por lo general, emigran después de estos desastres. Hombres, mujeres y niños reunidos en grandes grupos salían del terruño y viajaban por todo el país. Estos ponían en verso y música, alternando con oraciones e himnos, el drama que ellos habían vivido en carne propia, y, así, en cada pueblo y caserío que visitaban en su éxodo daban cuenta de la

desgracia. Después de los cantos lúgubres pedían una ofrenda y como a menudo la limosna era fructífera más allá de todas sus expectativas, este gentío ambulante seguía el oficio sin darse alguna tregua o respiro. Cuando de pronto en el país los ingresos se volvían paupérrimos, los grupos cruzaban la frontera llegando al Estado vecino para proseguir la función donde les esperaban nuevos ingresos. Así, durante más de un año, grupos similares iban recorriendo Honduras y Nicaragua cantando por todos lados sobre la espantosa erupción de la gran laguna de Criba y la terrible catástrofe de San José.

## Reconocimientos

Los autores agradecen a la investigadora y lexicógrafa Águeda Chávez por la revisión de estilo y ortotipográfica del texto final.

## Conflictos de Interés

Los autores declaran no tener ningún conflicto de interés.

## Referencias Bibliográficas

- Anónimo. (2016). Terremoto en Honduras. En Barahona, M & Hernández, H. (Eds.), *América central en la mirada extranjera. Exploradores y viajeros entre 1845 a 1898*. (pp.27-39). Dirección de Investigación Científica y Posgrado. Universidad Nacional Autónoma de Honduras.
- Barahona, M., & Hernández, H. (2016). *América Central en la mirada extranjera. Exploradores y viajeros entre 1845 a 1898*. Dirección de Investigación Científica y Posgrado. Universidad Nacional Autónoma de Honduras.
- Boscowitz, A. (1885). Un temblement de terre dans le Honduras. En P. Ducrocq (Ed.), *Les tremblements de terre*. (136-143). «Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France»
- Harpers. (1857). Scraps from an artist's notebook. The Carib Settlements. *Harpers*. <https://harpers.org/archive/1857/07/scraps-from-an-artists-notebook/>
- Zúñiga, L. E. (2020). Un tsunami en el Caribe hondureño en 1856 según registros de la Biblioteca Nacional de Francia. *Innovare: Revista de Ciencia y Tecnología*, 9(2), 97. <http://dx.doi.org/10.5377/innovare.v9i2.10196>